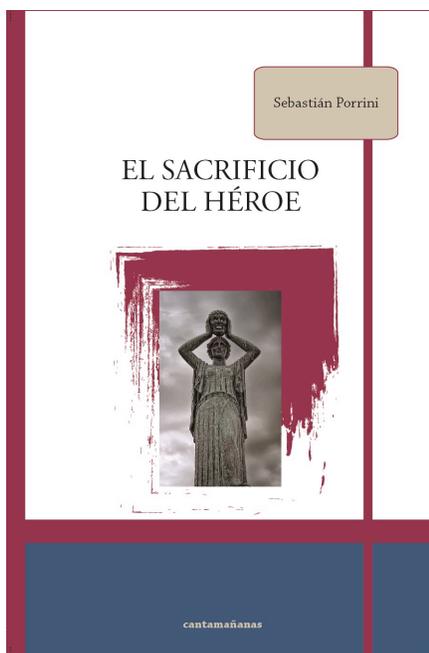


**PORRINI, Sebastián. *El sacrificio del héroe*. Buenos Aires: Cantamañanas. 2015. 136 pp. ISBN: 978-987-45463-2-6**

Entregado: 13/11/2015  
Evaluado: 17/11/2015  
Aceptadp: 18/11/2015



Estamos ante un prominente tratado en torno al personaje que lidera cosmovisiones. Tragedia, mito, historia, epopeya: todos asuntos dentro de los cuales una figura se desgrana, se asienta como portavoz o se pertrecha en el ánimo imperativo de las posteridades que lo incluyen. Porrini recoge el guante y se lanza a un recorrido puntilloso de la tal figura, que vincula de manera inmarcesible casi toda la producción escrita de los antiguos, y de la que emana la corporización moderna de la heroicidad, ya presente principalmente en el teatro y en las derivaciones estéticas del personaje en cuestión (como que “órfico” refiere sin más al inmolado Orfeo o “edípico” al protagonista de Sófocles).

Para el autor “los héroes trágicos no son calcos idénticos de un molde único”. Nos habla de las diferencias fundamentales que los convierten en seres únicos, pero no homogéneos, modo que utiliza a fin de comenzar a fijar posición; también cuando se pregunta si el modelo que representa el héroe tiene que ver con una visión pesimista, atroz, de la vida humana. Por esta línea habrá de seguir en abundantes citas propias y de testimonios autorizados, para abundar con ejemplos de piezas y cantos en los que se dibujará el carácter de sacrificador-sacrificado del personaje, cuya tesis enmarca el valor trágico de la propuesta.

Pero en donde más juega Porrini un partido que lo instala como decidor implicado, más allá del alto estudio del que se sostiene, es cuando asienta: La búsqueda del ser deviene mito. Porque ahí el sentido de



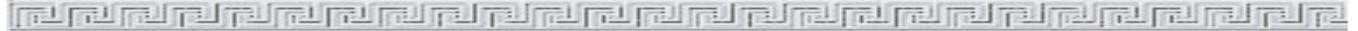
todo su conglomerado de ideas adquiere estatuto de postura férrea frente al pasado, en tanto explicación crucial de una búsqueda denodada por superar el vacío y la incertidumbre de toda condición. El equilibrio entre pasión y razón está resquebrajado, y esto hace brotar de modo flagrante la naturaleza trágica, sólo abordable ganándole espacio al caos original. El mito aparece como ordenador, y quien lo atraviesa será el que aceptó el desafío, para abnegarse tal vez detrás de su imposibilidad de realización, pero asimismo para dar muestras de un camino posible de *reintegración* y *trascendencia*.

La poética se erige en cura y el lenguaje es la herramienta metafísica para extenderse el héroe más allá del orbe, con lo cual lograr significar (y resignificar) una reivindicación accesible para la sociedad y un paliativo ejemplificador en vistas del drama humano. Con ese efecto de superación perseguido se allana la vía hacia la consustanciación y el espíritu colectivo de existencia simbólica. Esto quiere decir que en la capacidad de interpretación del hombre también habita su redención factible.

Estamos ante una obra que nos bandea entre el ritual y la perspectiva científicista, entre el cosmos abarcado y la exigencia analítica de quien se posa como observador y observado sobre el mundo de los fenómenos, y desde el cual sobrevuela luego la tradición a lo lejos y la mitología encubierta a la diestra. Porque en el fondo, de cualquier manera, lo que está en juego es la vida, las decisiones que impone y las consecuencias que habrá de sobrellevar. De todo esto es síntoma el hombrecito del que se habla en las historias que se cuentan, y de lo que de él se diga derivará un estado de cosas que nos hará mejores o nos sumergirá en el terror por nuestro destino y la duda para con nuestra índole. Hay gran sabiduría remanente en toda esta problemática, sí, el libro nos lo infiere de continuo, pero a la vez hay grandes probabilidades de que las verdades tenidas como definitorias se tambaleen y nos dejen atrapados en esa estructura ineluctable de lo que acaece, casi como si fuese producto de una fuerza primordial, y nosotros, desvalidos, dabatiéndonos ante ella y con tantas insuficiencias declaradas a través de nuestras acciones.

El libro se inicia con un clarificador Prólogo, escrito por Diego Ortega Servian, en el que se declara un inicio por el fin, ya que acentúa uno de los cauces impostergables que se seguirán a lo largo del recorrido: la tragedia ha muerto. Con lo cual se traza de entrada una tensión entre los arquetipos universales y sus posibilidades actuales de manifestación. Sin embargo concluirá el prologuista que esta obra ha de encargarse de demostrar que, si bien agoniza, el ser trágico persiste en su internarse en la realidad aún despojado de máscaras y atavíos de ocasión.

Luego el estudio se extiende a lo largo de cinco capítulos, precedidos por una breve Introducción que el autor tilda taxativamente de “*algo escolástica*” (en la que desarrolla aspectos estructurales de las



composiciones antiguas, del Coro y del sentido tutelar que tendrán los Dioses Apolo y Dionisos para la entronización de una humanidad superior en esas piezas); en el primero de ellos, los conceptos que se entremezclan son los de cultura mítica, anhelo metafísico, visión poética de las realidades y la palabra como reunificadora. Y también aparecen las relaciones entre símbolo y relato, entre el arquetipo y lo sagrado, entre rito y armonía; mas a continuación enraizará definitivamente la Tragedia con el ritual, se apoyará en la concepción de G. Lukács sobre “lo trágico”, en la de R. Barthes sobre el teatro clásico, para abocarse sin más al carácter de protagonismo del héroe, su fenomenología -que es materia y razón de ser-, junto al valor metafísico que resulta de ese tironeo que acusa por lo que está marcado, por lo que debiera suceder, pero que a la vez desemboca en conflicto altisonante y -o sea en fuerzas rebeldes desatadas.

El segundo capítulo se centra ahora sí de modo potente en las figuras de los Dioses rectores, antagónicos pero complementarios, y en la fusión que los tributos a ellos encomendados llegan a tener con la expresión artística, con la construcción escénica y con los aportes llegados desde otras órbitas artísticas o naturales como son la danza o los objetos de culto (como la vid y la hiedra). Del sincretismo entre texto y acontecimiento a la degradación de la esencia básica, por influencia de otras divinidades advenedizas y por factores políticos, como el fin de la democracia o la cruz incorporada a la arquitectura helénica.

El capítulo tres brilla por la consolidación del tema “poesía” en su dirección hacia el misterio supremo, capaz de tornar a su creador en creador de todas las cosas. Se acomete como una auténtica tesis de divinización del hombre. Y con el ejemplo bien señalado y fuertemente ilustrativo de los propios trágicos y sus criaturas. La figura de Nietzsche asoma errante pero jurisconsulto, ya que, como contratara pero desde similar edificación gloriosa, responsabiliza al humano y lo eleva a la categoría de superador de todo lo existente, en tanto su facultad de recomponer el orden destrozado -que ha servido, además, de humillación y escarnio para el héroe.

Esto lleva sin más a la necesidad de abordar el costado filosófico de esta presencia -que se irá inexorablemente convirtiendo en “ausencia”-, lo que se llevará a cabo durante el Capítulo cuarto, donde desfilarán Schlegel, Schelling, Schopenhauer, el propio Nietzsche en virtud de su obra capital, *El nacimiento de la tragedia en el espíritu de la música*, en la cual elabora un listado importante de motivos para que la tragedia muera, principalmente el abandono de su naturaleza más profunda; y también Karl Jaspers, Miguel de Unamuno y otros muchos estudiosos de personajes y asuntos dominantes de la conciencia colectiva, más allá de los dos mil quinientos años transcurridos desde su producción.



Baste citar un pensamiento que Porrini instala en su capítulo postrero, para bañar con el último destello de luz esta obra incandescente y atrevida, que destila saber y compromiso -esto quiere decir: que encara hechos del pasado con vigencia presente y acomete un tema universal con la desenvoltura de quien reconoce la incumbencia de ellos para cada quien y todos los días:

*El ser humano que quiera atravesarlo racionalmente, que quiera abrir la puerta de lo sagrado para clasificar con su modo la sacralidad, habrá destrozado el mito. Queda de él una mera máscara, que en muchos casos recibe el juicio de la moral, o que alimenta la interpretación falsamente salvaje de la irracionalidad.*

Gustavo Manzanal  
IES N°2 – ISP Dr. Joaquín V. González  
gfmanzanal@gmail.com